

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUIGALPA: 15 DE OCTUBRE DE 1903

NUM. 47

Aguas Muertas

 GUAS muertas, aguas inmóviles de matices metálicos, circuidas de musgos de oro!

En los fúlgidos días del otoño parecéis un vasto espejo en cuyo fondo duerme la sombra, y en las horas lunares una campiña de esmeraldas luminosas. De vuestro seno no se escapa el más tenue ruido, porque yacéis muertas, cristalizadas sobre las arenas profundas. Tal así, á veces, las ideas, en el cerebro del hombre.

Mudas y glaciales, en los hondos silencios nocturnos sois un símbolo misterioso y sereno. Reflejáis las sombras errantes de los pájaros y de las nubes; en vuestra superficie dejan largamente los crepúsculos trémulas estelas sangrientas, y riélan los espectrales plénilunios; y la luna, mágica princesa, va extrañamente á mirarse en vuestra lámina impasible.

En vuestro líquido cristal caen, en octubre, las hojas secas; y si el aire las mueve vagan allí como cadáveres de mariposas. Los nenúfares son los favoritos de vuestras frialdades; y ellos viven de vuestra muerte, extraños y bellos, como todas las cosas que brillan en el misterio.

FROILAN TURCIOS

El Gato Negro

 O espero ni solicito que se crea la muy extraña aunque familiar historia que voy á trasladar al papel; y verdaderamente fuera locura confiar en que se me diese crédito, puesto que mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y seguramente no sueño; pero mañana he de morir, y hoy quiero descargar mi conciencia. Lo que me propongo desde luego, es referir al mundo clara y sucintamente, sin comentarios de ningún género, una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrado, martirizado y aniquilado. A pesar de ello, no trataré de dilucidarlos. pues á mí me inspiraron solamente horror, por más que á muchas personas les parecerán más *extravagantes*. Tal vez más tarde se hallará una inteligencia que reduzca mi fantasía á una vulgaridad, algún espíritu más sereno, más lógico y mucho menos excitable que el mío, que no vea en los hechos referidos por mí con terror, sino una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde la infancia me hice notar por mi docilidad y humanitarios sentimientos, y hasta era tan exquisita la ternura de mi corazón, que acabé por ser juguete de mis compañeros. Mi afición y cariño á los animales no tenía límites, y mis padres me habían permitido conservar muchas especies favoritas; de modo que pasaba el tiempo con unas y otras, y nunca me creía tan feliz como cuando les daba de comer y las acariciaba. Esta particularidad de mi carácter se desarrolló á medida que iba creciendo, y cuando llegué á ser hombre, fué la fuente principal de mis recreos. A los que se han encariña-

do con un perro fiel y sagaz no necesito explicarles la naturaleza é intensidad de los goces que esto pueda reportar. En el amor desinteresado de un animal, en este sacrificio de sí mismo, hay algo que va directamente del corazón de aquél que tuvo con frecuencia ocasiones de apreciar el valor de la mezquina amistad y la fidelidad de *gasas del hombre natural*.

Me casé muy pronto, y tuve la dicha de hallar en mi esposa un carácter que simpatizaba con el mío; al observar mi afición á esos favoritos domésticos, no perdí oportunidad de proporcionarme individuos de la especie que más me agradaba: y así tuvimos aves, un pez dorado, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Este último era en realidad un animal hermoso y robusto, completamente negro y de maravillosa sagacidad. Al hablar de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era bastante supersticiosa, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia popular según la cual se considera á todos los gatos negros como brujos disfrazados. No quiero decir con esto que mi señora hablara siempre con *formalidad* sobre el asunto, y si cito el hecho es simplemente porque me acude en este momento á la memoria.

Plutón así se llamaba el gato, era mi favorito, mi compañero: sólo de mis manos recibía alimento, y seguíame por la casa á todas partes, con tal insistencia, que no sin trabajo le impedía salir también á la calle en pos de mí.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento, por efecto del demonio de la intemperancia—y me sonrojo al contarlo—sufrió una alteración radicalmente mala. Cada vez más sombrío é irritable, y más indiferente á los sentimientos de los demás, usaba un lenguaje brutal al hablar con mi esposa, y al fin pasé á las violencias personales. Mis pobres favoritos hubieron de resentirse, naturalmente, del cambio de mi carácter, pues no contento con despreciarlos, los maltraté. En cuanto á Plutón, guardábale aún las suficientes consideraciones pero proceder con él del mismo modo; pero no tenía miramiento alguno con los conejos, el

mono y hasta el perro, cuando por casualidad ó por cariño me salían al paso. Mi dolencia me aquejaba cada vez más,—*¡pues qué enfermedad hay comparable con el alcohol!*—y al fin el mismo Plutón, que ya se veía viejo y comenzaba á ser un poco fastidioso, hubo de sentir también los efectos de mi carácter maligno.

Cierta noche, al entrar en casa, completamente ebrio, pues salía de una de mis acostumbradas tascas de los arrabales, imaginéme que el gato evitaba mi presencia; quise cogerlo para castigarlo, pero espantado por mi ademán, me infirió una ligera herida con los dientes. Enfurecido como un demonio, ya no me reconocí; mi alma primera pareció huir del cuerpo, y en cada fibra de mi ser infiltróse una malignidad hiperdiabólica, saturada de ginebra: saqué del bolsillo del chaleco un corta-plumas, lo abrí, cogí al pobre animal por el cuello y deliberadamente le hice saltar un ojo de la órbita.—Me sonrojo, me estremezco al dar cuenta de esta censurable atrocidad!

Al recobrar la razón, por la mañana, cuando se hubieron desvanecido los vapores de mi saturnal de la víspera, experimenté á la vez horror y remordimiento por el crimen de que me había hecho culpable; pero era un sentimiento equivoco y débil que no penetró hasta el alma. Volví á entregarme á los excesos, y muy pronto ahogué en el vino el recuerdo de mi mala acción.

Sin embargo, el gato curó lentamente: cierto que la órbita del ojo perdido tenía un aspecto espantoso; pero el animal no parecía sufrir ya; iba y venía por la casa según su costumbre, si bien, como era de esperarse, huía con terror al acercarme yo. Conservaba aún mucho de mi primera bondad para que no me affigiera al pronto aquella evidente antipatía de parte de un sér que tanto me había querido antes; pero á este sentimiento siguió muy pronto la irritación; y entonces se manifestó, como para señalar mi caída final é irrevocable, el espíritu de la PERVERSIDAD. La filosofía no tiene en cuenta ese espíritu: mas, tan cierto como que el alma existe, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades

ó sentimientos indivisibles que imprimen la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces consumando un acto necio ó vil sólo porque estaba persuadido de que no debía cometerle? ¿No tenemos, por ventura, una constante inclinación, á pesar de la excelencia de nuestro juicio, á violar lo que es la *Ley*, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*? Ese espíritu de perversidad, digo, fué lo que me perdió al fin. Ese ardiente é insondable deseo del alma de *martirizarse á sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal sólo por amor al mal, fué lo que me impulsó á continuar y, por último, á consumir el suplicio á que sometí al animal inofensivo. Cierta mañana deslicé un nudo corredizo alrededor de su cuello, con la mayor sangre fría, y le colgué de la rama de un árbol; mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón de amargos remordimientos; pero ahorqué á *Plutón* porque sabía que me había amado, y porque estaba persuadido de que jamás me dió motivo alguno de enojo; le ahorqué porque no se me ocultaba que al proceder así cometía un pecado mortal, que comprometía mi alma hasta el punto de ponerla, si tal cosa estuviere en lo posible, fuera de la misericordia infinita del Dios Muy Misericordioso y Terrible.

En la noche siguiente al día en que cometí este acto cruel, desperté en mi sueño el grito de fuego, fuego! Las cortinas de mi lecho estaban ardiendo; la conflagración se había propagado por toda la casa, y no sin gran dificultad pudimos escapar mi esposa, un criado y yo. La destrucción fué completa; toda mi fortuna se perdió, y desde entonces me entregué á la desesperación.

No traté de establecer aquí una relación de causa y efecto entre la atrocidad y el desastre, porque me hago superior á semejante debilidad; pero doy cuenta de una serie de hechos y no quiero omitir un sólo eslabón de la cadena. Al día siguiente del incendio visité las ruinas; las paredes se habían derrumbado, excepto un tabique interior, poco grueso, situado casi en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi cama; en esta parte, la mampostería ha-

bía resistido á la acción del fuego y yo no atribuí el hecho á las circunstancias de ser nueva la pared. Delante de aquel tabique se había reunido una multitud considerable, y varias personas parecían examinar cierta parte con minuciosa y viva atención. Las palabras: ¡qué extraño! ¡qué singular! y otras semejantes, excitaron mi curiosidad; acerquéme y ví, semejante á un bajo-relieve esculpido en la blanca superficie, la figura de un gato gigantesco: la imagen estaba representada con exactitud verdaderamente maravillosa, y el animal tenía una cuerda al rededor del cuello.

Al pronto, ante aquella aparición, pues apenas podía considerarla como otra cosa, mi asombro y mi terror fueron extremados; pero la reflexión vino al fin en mi auxilio. Recordé haber ahorcado el gato en un jardín contiguo á la casa, jardín que fué invadido por la multitud al oírse los gritos de alarma; alguno debió desatar el animal del árbol para arrojarle á mi habitación por una ventana abierta, sin duda con el objeto de despertarme; las otras paredes comprimieron, al caer, la víctima de mi crueldad en la sustancia del yeso recientemente aplicado; y la cal de aquel tabique, combinada con las llamas y el amoníaco de un cadáver, debió producir la imagen tal como la veía.

Aunque tranquilizase así ligeramente mi espíritu, ya que no del todo mi conciencia, en cuanto al hecho sorprendente que acabo de exponer, no por eso dejó de producir en mi ánimo una impresión profunda. Durante algunos meses no pude desechar el fantasma del gato, y se agitaba en mi alma algo que parecía ser un remordimiento, pero que no lo era. Llegué á deplorar la pérdida del animal y á buscar á mi alrededor, en las despreciables tabernas que acostumbraba frecuentar, otro favorito de la misma especie que se pareciera al difunto.

Cierta noche, hallándome sentado y medio aturdido en una inmundada tasca, me llamó la atención de pronto un objeto negro que reposaba en uno de los inmensos toneles de ginebra ó de rón que constituían el principal mobiliario de la sala; y como hacía algunos minutos que miraba en aquella dirección, me sorprendió

no haber echado de ver antes el citado objeto. Acerquéme y le toqué con la mano; era un gato negro, muy grande, al menos tanto como Plutón, y se le parecía mucho, excepto en una cosa.

El difunto no tenía un sólo pelo blanco en todo el cuerpo, mientras que éste presentaba una mancha blanca, aunque de forma indecisa, que cubría casi toda la región del cuerpo.

Apenas le hube tocado, púsose en pié al punto, produciendo esa especie de ronquido particular que en los gatos indica la satisfacción: se restregó contra mi mano, y pareció muy contento con mis caricias. Aquél era el animal que yo buscaba, y por lo tanto ofrecí al dueño comprárselo; pero el hombre me dijo que no era suyo, ni lo había visto nunca antes.

Seguí acariciándolo, y cuando me disponía á volver á casa, el animal pareció inclinado á seguirme; le permití que me acompañara, y de vez en cuando me detenía para hacerle una caricia. Cuando llegamos á casa entró como si fuese á la suya, y al punto se encariñó con mi señora.

En cuanto á mí, muy pronto experimenté una marcada antipatía contra el animal, es decir, lo contrario de lo que yo esperaba; yo no sé ni cómo ni por qué fué así, pero la evidente ternura del gato me disgustaba, produciéndome casi fatiga. Poco á poco este sentimiento de disgusto y enojo rayó en la amargura del odio; alejábame siempre del animal, pero una especie de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me retrajeron de maltratarlo.

Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato, ó de cometer una violencia; pero gradual é insensiblemente llegué á mirarle con indecible horror, y rehuía en silencio su odiosa presencia, como el soplo de la peste.

Lo que contribuyó, sin duda, á enconar mi odio contra el gato, fué la circunstancia de haber echado de ver, á la mañana siguiente al día en que le llevé á casa, que así como á Plutón, le faltaba un ojo. Sólo por esto mi mujer le cobró más cariño, pues según he dicho ya, poseía en alto grado esa ternura de sentimiento característica en mí en otra

época, y fuente de mis recreos más sencillos y puros.

Sin embargo, el afecto del gato hacia mí parecía ir en aumento á medida que mi aversión redoblaba; seguía mis pasos con una tenacidad que difícilmente imaginaria el lector; si me sentaba, colocábase debajo de la silla, ó saltaba sobre mí prodigándose sus caricias espantosas; y si me levantaba para andar, introducíase entre mis piernas, exponiéndome á una caída, ó bien clavaba sus largas y agudas uñas en la ropa, trepando hasta mi pecho. En tales instantes, y aunque deseaba matarle de un golpe, impedíame en parte el recuerdo de mi primer crimen, pero más aún, debo confesarlo de una vez, el verdadero terror que el animal me inspiraba.

Y este terror no era seguramente producido por un mal físico, aunque me costaría mucho trabajo definirle de otro modo. Casi me avergüenzo de confesar que el terror y el horror que el gato me causaba había ido en aumento por una de las más extrañas quimeras que fuera posible concebir. Mi esposa me había llamado más de una vez la atención sobre el carácter de la mancha blanca de que ya he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre el nuevo gato y el que yo había muerto. El lector recordará, sin duda, que aquella mancha, aunque grande, era primeramente vaga en su forma; pero lentamente, por grados imperceptibles, que mi razón se estorzó largo tiempo en considerar como imaginarios, adquirió al fin contornos muy bien marcados, llegando á ser la imagen de un objeto que no puedo nombrar sin estremecerme. Esto era lo que me hacía mirar al gato con horror y disgusto, y lo que me hubiera impulsado á librarme de él si me hubiese atrevido, porque esta mancha era la imagen de una cosa hedionda, siniestra: la imagen de una HORCA. ¡Oh, lígubre y terrible máquina, máquina de Horror y de Crimen, de Agonía y de Muerte!

Y desde aquel instante me consideré más miserable que cuanto pudiera serlo toda la Humanidad, y ya no conocí la beatitud del reposo ni de día ni de noche. Durante el día, el animal no me dejaba

sólo un momento, y por la noche, cuando despertaba de mis sueños agitados por indefinible angustia, sentía á cada momento en mi rostro el hálito tibio del gato, y su enorme peso; era la encarnación de una pesadilla que en mi impotencia no podía sacudir, que estaba eternamente incrustada en mi *corazón*.

Bajo la presión de semejantes tormentos, lo poco bueno que aun quedaba en mí desapareció; todos mis pensamientos fueron malos; los más sombríos, los peores que puede haber. La tristeza de mi carácter habitual degeneró en odio á todas las cosas y á toda la *humanidad*; y mi esposa, que no se quejaba nunca, ¡ay de mí! sufría los consecuencias de mi martirio, y era la más paciente víctima de las frecuentes é indomables erupciones de la ciega furia que desde entonces me dominó.

Cierta día acompañóme, con motivo de cierta ocupación doméstica, al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba á vivir; el gato siguió maullando en pos de mí por la empinada escalera, y como tropezara con él, me faltó poco para caer en tierra. Esto me exasperó hasta la locura, levanté el hacha que llevaba en mi mano, y olvidando en mi cólera el temor pueril que hasta entonces me retuviera, asesté al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado como yo quería. Mi esposa detuvo mi brazo; pero esta intervención excitó más aún mi rabia infernal; desprendíme al punto, y hundí el hacha en el cráneo de ella. La pobre mujer cayó muerta en el sitio, sin proferir una sola queja.

Consumado este horrible asesinato, lo primero que hice fué reflexionar deliberadamente sobre la manera de ocultar el cadáver, comprendiendo que no podría sacarle de la casa ni de noche ni de día, sin exponerme á que lo vieran los vecinos. Pensé en varios proyectos; por un momento me ocurrió la idea de cortar el cuerpo en pedazos y destruirlos con el fuego; después resolví abrir una fosa en el suelo mismo del sótano; luego me pareció mejor arrojarlo en el pozo del patio; parecióme más conveniente, sin embargo, encerrarlo en una caja á guisa de mercancía en la forma acostumbrada, y encargar

á un mozo de cordel que lo llevase á un punto cualquiera. Por último, adopté un plan que me pareció el mejor de todos: reduciase á emparedar el cadáver allí mismo, como lo hacían con sus víctimas los señores de la Edad Media.

El sótano tenía muy buenas condiciones para llevar á cabo mi proyecto: las paredes, levantadas á la ligera, habían sido cubiertas recientemente en toda su extensión con una capa de yeso que, á causa de la humedad de la atmósfera, no se había endurecido; y en una de ellas veíase una saliente formada por una especie de falsa chimenea, cuyo hueco se había rellenado. No dudé que me fuera fácil retirar los ladrillos en aquella parte, introducir el cadáver y tapiarle, de modo que nada pudiera infundir sospechas.

No me engañé en mi cálculo; con el auxilio de unas grandes pinzas quité fácilmente los ladrillos, y después de apoyar el cuerpo contra la pared interior, sostuvele en esta posición hasta que hube dejado toda la mampostería como antes estaba, sin mucha dificultad. Después busqué mortero y arena, con todas las precauciones imaginables; preparé una argamasa que no podía diferenciarse de la otra, y cubrí los ladrillos con una capa cuidadosamente; cuando hube terminado, ví con satisfacción que la obra era perfecta; la pared no presentaba la menor señal de la operación; recogí todos los restos escrupulosamente, y apisoné el suelo, por decirlo así. Al mirar triunfalmente á mi alrededor, dije para mis adentros: aquí por lo menos no se habrá perdido inútilmente mi trabajo.

Mi primera diligencia fué después buscar el gato, causa de aquella terrible desgracia, porque estaba resuelto á matarlo; si lo hubiera encontrado en aquel momento, nada le habría salvado; pero el astuto animal, inquieto sin duda por mi reciente cólera, parecía haber resuelto no presentarse. Difícil me sería dar una idea de la profunda sensación de alivio que la ausencia del odiado animal produjo en mi corazón; no se dejó ver en toda la noche, y así es que ésta fué la primera que pasé tranquilo desde que el gato estaba en la casa; dormí profundamente: sí, *dor-*

mi con el peso de aquel asesinato sobre el alma!

Transcurrieron el segundo y tercer día sin que viniese mi verdugo, y una vez más respiré como hombre libre. El monstruo, poseído sin duda de terror, había abandonado la casa para siempre; ya no lo vería jamás: mi felicidad era completa. En cuanto á mi tenebroso crimen, me inquietaba muy poco; cierto que se abrió una información, pero dióse por terminada muy pronto; y aunque se había dado orden para practicar pesquisas, naturalmente no se pudo descubrir nada; de modo que consideré segura mi felicidad.

Cuatro días después del asesinato, un destacamento de agentes de policía se presentó de improviso en la casa para proceder á un detenido examen de la localidad; pero confiado yo en lo impenetrable de mi escondite, no experimenté la menor inquietud. Los oficiales me obligaron á que les acompañara en su pesquisa, y no dejaron ningún rincón por registrar, bajando al fin por tercera ó cuarta vez al sótano. Ni uno de mis músculos se estremeció; mi corazón latía tranquilamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia; recorrí el sótano de un lado á otro con los brazos cruzados sobre el pecho, y me paseaba con la mayor indiferencia. Satisfecha del todo la policía, se disponía á retirarse, y fué tan grande el júbilo de mi corazón, que no pude resistir al vivo deseo de decir al menos una palabra, aunque sólo fuese una, á manera de triunfo, para convencer á aquellos hombres de mi inocencia.

—Caballeros—dije al fin, cuando subían la escalera—me complace mucho haber desvanecido sus sospechas, y deseo á todos completa salud, así como un poco más de cortesía. Sea dicho esto de paso, caballeros.....hé aquí una casa bien construída (en mi insaciable deseo de decir alguna cosa con indiferencia, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurarles que es una casa admirablemente bien construída; esas paredes son de la más sólida mampostería.

Y al decir esto, permitiéndome una bravata frenética, golpeé con una caña que tenía en la mano precisamente en los

ladrillos que ocultaban el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah! ¡Dios me proteja y me libre al menos de las garras del archidemonio! Apenas se hubo apagado el eco de mis golpes en el silencio, una voz me contestó desde el fondo de la tumba; era una queja, entrecortada al pronto, como el sollozo de un niño, pero que se convirtió al fin en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y antihumano, un alarido que expresaba á la vez el horror y el triunfo, y que sólo podía venir del Infierno; sonido espantoso producido á la vez, por la garganta de los condenados en medio de sus tormentos, y en la de los demonios que se regocijan en sus antros malditos.

Locura fuera tratar de comunicarnos mis pensamientos; parecióme desfallecer y vacilé, apoyándome en la pared opuesta. Durante un momento, los oficiales permanecieron en la escalera, inmóviles, mudos de terror; y un instante después, diez ó doce brazos robustos golpeaban victoriosamente el muro, que cayó todo entero. El cadáver, ya muy desfigurado y lleno de sangre coagulada, se mantenía derecho á la vista de los espectadores; sobre su cabeza, con su boca rojiza dilatada y su ojo único brotando fuego, ví el hediondo gato, cuya astucia me había inducido al crimen, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo.

¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

EDGARDO POE

¿Quéño vivide

(Traducción de

GUILLERMO VALENCIA)

El valle del crepúsculo llenaban
perfumes grises de color de plata,
como cuando la luna se tamiza
por entre nubes de borrosas tintas.
No era la noche sin embargo. Presto
con las aromas de matiz de argento,
se dispararon en el valle oscuro
mis vagos pensamientos de crepúsculo,
y entre las aguas de una mar tranquila
me hñdí callado.....y se me fué la vida.

Ví cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra;

y en corrientes de tinte anaranjado
—como tibios fulgores de topacio—

una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,

y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica.

Y sin lograr siquiera comprenderlo
mi turbada razón, pero sabiéndolo,
clamaba sin cesar entre mi mente,
que aquella realidad era la muerte.....

Y la muerte hecha música; la hermana
de los hondos anhelos; la que ama
á los seres que viven, y los busca,
toda vigor entre la noche adusta.

Y en silencio y ocalta entre mi alma
floraba por la vida una nostalgia,

y floraba y floraba como lloraba
el que se va — llevado por las olas
de una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas—

que á los ténues fulgores del ocaso.
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna:

y se ofrecen las calles á sus ojos
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira las aromas otoñales,

y se finge de piés entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

trazado de inquietud con las pupilas
arrazadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada.....

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,
sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul oscuro.

Sobre los viejos mástiles, tendidas
melancólicas velas amarillas!

HUGO VON HOFFMANNSTHAL

Jesús

Á D. EMILIO PARDO

SEÑOR, no te hicieron mal los que te
condenaron, naciste para morir, y
Judas te salvó.

Lleno de esperanza estabas todavía y no
moriste la muerte de tu ensueño: creías

aún en tí mismo y en los otros, creías en
el tiempo, como si la multitud de ahora
fuera mejor que la que reía de tí, corona-
do de burlas, la que se arrojaba sobre tus
despojos con un cubilete en la mano; la
que te odió hasta matarte porque tú no
salvas, tú condenas á los hombres.

Te engañabas, Señor, porque no eras su
dios; ese dios abandonó á tu vida no á la
hora de la muerte, sino en la del naci-
miento; pero el Santo Espíritu te acom-
pañaba: vivías un sueño.

Vagabas desde niño lejos de los hom-
bres y tu sabiduría pudo vencer la vacui-
dad de los doctores; el amor que aprendi-
ste en tus mañanas claras entre tus
huertos de Galilea, y las voces encanta-
das que en la soledad oías responder á las
dulces preguntas de tu alma hosca y lla-
meante de deseos, te dijeron los secre-
tos de tus parábolas, y cuando contem-
plabas pacer un rebaño en la llanura oíste
en la risa de una fuente el Sermón que
derramarías sobre las almas sordas de tu
auditorio, en aquella Montaña que dejó
correr á todos los siglos el armonioso ran-
dal de tu palabra, raudal de misterios in-
descifrables si no es atendiendo al conse-
jo de las ramas floridas.

Tu bautismo ungió tu carne con una
impenetrable lluvia de soledad, para que
las emanaciones de los otros hombres no
penetraran por tus poros, y entonces bajó
á tí el Espíritu, y todas las existencias
inanimadas se transformaron y se extre-
mecieron, porque vivieron para que tú las
vieras y presentían tu errante marcha de
iluminado, á través de las turbas negras
que no tenían un carbón dispuesto á con-
vertirse en diamante, á la reveladora luz
de tu presencia y al fuego divino de tus
palabras y tus ojos.

Fuiste un hombre convertido en con-
ciencia de las cosas y pasaste como una
cosa entre los hombres, como todas las
cosas: diciendo los secretos del amor, de
la inocencia y el triunfo: los hombres le-
yeron las predicaciones de la compasión
que aniquila, del rubor que marca con
signos diabólicos y de la humillación que
envilece.

Destruías la clemencia y el crimen al
predicar la justicia; negabas el llanto al
consagrar á los niños, ¡cantabas á los pá-

jaros! derrumbabas las jerarquías, elevando las almas, y el dolor que se desbordaba de tu corazón era queja por la felicidad de tus soledades, cuando ibas sonriendo á las montañas, á los prados, á las nubes y al universo todo que se abría á tu paso. Porque vivías en él y no había para tí sino un misterio en el mundo: revelarlo á los hombres! Pero pasabas irradiando fe, ninguna traición azoraba tus ojos deleitados que, mirando, mirando, llegaban á ver á Dios en toda su gloria, sabías que El era todo, que era como tú, y creíste en Dios, creíste que eras Dios porque no te engañabas!

* * *

Pero te mató tu esperanza: viste en la humanidad tu misma alma y con el corazón exuberando amor fuiste hacia los hombres.

Nació la cólera, nació la piedad, nació el amor nuevo que acompaña á llorar y llamaste á los pescadores, que cambiaron de presa: tendían redes á los peces y fueron á tender redes á los hombres, y la pesca se ha multiplicado, porque tú sabías hacer el milagro de mostrarles la verdad haciéndoles creer que era un error. Y aún no comprenden tus milagros.

Dí, Señor, ¿cuándo no tuviste necesidad de hablar? ¿Por qué no tuviste jamás un amigo y sí multitudes de discípulos? ¿Por qué la sencillez de tu presencia, infantil á veces, terrible otras, como el cielo, y como el cielo sencillo y eterno á cada instante, no vertió por las negras pupilas de cada uno de los que te vieron una locura como la tuya, esa divina locura para quien Dios es la Bondad, es el Bien, esa locura que ríe á las cosas, la que ríe al mundo, la que ríe á la propia alma?

¿Por qué te negó un discípulo? ¿Por qué no te afirmó cantando tu gloria sin oír las amenazas?

¡Oh dulce Jesús, sonrisa eternamente ondulante, amargura mortal, dolor de un Dios, ¿por qué te siguen mirando nuestros ojos y no eres visible para nadie!

¡Oh Jesús ligero como un soplo! Flotas sin hundirte jamás, como una luz, sobre las aguas; no dejas nunca el ropaje celeste que te envió en el Tabor; tu palabra es, desde que tú hablaste, la palabra de

las fuentes y tus ojos dejaron untado su mirar en todas las cosas y se difunde en la luz del cielo; ¿por qué tus fieles no ríen, por qué al celebrar tu nacimiento no se abrazan todos los hombres, por qué al recordar tu bautismo no huyen todas las almas al desierto, por qué entre el regalo caen en las tentaciones, por qué al conmemorar tu muerte no mueren todos los que tienen tu misma fe, tu mismo amor, empujado el brazo por el mismo pueblo que te llevó al Calvario!

* * *

Lo sabía tu caridad: sudaste sangre adivinando tu martirio eterno, no bebiste tu propia amargura, aceptaste sumiso el más terrible destino y fué para tí de más fuerza que todos los mandatos, la obediencia; conociste la inquina acre en que había de gotear tu dulzura y no quisiste adjurar al Santo Espíritu que aleteaba en tus delirios, más ardiente que el fuego, tierno como una paloma! Aleteaba en tus sueños y temblabas de amor; ardía en tu pecho y sentías una potencia irresistible para defender tus cantos y estabas ávido de hablar, de amar, de prodigar bendiciones, deshaciendo tu vida en un huracán terrible que derribara á cuanto se opusiera, en el terror, en la maldad y en la envidia, y que arrebatará en tu propio camino á aquellos; ¡oh cuán escasos! que te dieran su alma.

Y los que derribaste, los que infamó tu virtud, los que avergonzó tu bondad, se unieron en la sombra y guiñando los ojos mostraron un miserable candal á tu discípulo que renunció á tu amor infinito, y fueron á acecharte cuando orabas.

Y supiste que habías de caer en la muerte; pero sólo deseabas pronunciar tus palabras y abrir el paraíso, y dejarlo siempre abierto, colocando en la puerta la sublime expectación de tus brazos en cruz.....

* * *

La burla, Señor, tiene los mismos dardos en los ojos y la misma rabia entre los dientes; y multiplican tu cadáver y se detienen á llorar tu muerte, porque no creen en tu Resurrección; mas tu cadáver no es el de tu sueño, sino el de los sueños que nutren á tus enemigos.

Creo en que estás vivo, Señor; creo en que tú eres Dios, no el dios anterior á tí mismo, sino el Eterno: el que tú eres y fuiste padre de tu padre.

Tú mismo, Señor, que en un momento de contemplación fuiste todas las cosas.

Sólo tú vives, y en el calvario tus brazos abiertos, esparcieron tu espíritu, tu sangre goteando vertió tu substancia, y tu grito de desesperación era el de tu amor no satisfecho, el de tu fe entristecida, el de tu esperanza extendida para siempre.

Y la tierra tembló, y derramándose tu vida, los inertos resucitaron, y te desvaneciste en Eternidad!

Los que te amaron, María dulcísima y Juan todo veneración y amor, los uniste á tu propio ser, los confundiste en tí y tu palabra es la más buena: "Madre, he ahí á tu Hijo; Hijo, he ahí á tu Madre."

Oh! Jesús infantil y trágico, el misterio sólo podría ser revelado en la fatalidad satánica de tu desgracia y tu dolor halló la única alegría de la tierra: "Madre, he ahí á tu Hijo; Hijo, he ahí á tu Madre!" Y todos nos sentimos hijos de la que te dió vida, hijos también tuyos; y nos diste, Señor, una fidelidad para cada amor, y un amor para cada fidelidad. "Y la verdad ha nacido de la tierra."

Señor, la raza de Caín engendró á Judas y tú fuiste eterno por tu vida y tu muerte, y Judas tuvo remordimientos y avidez insaciable que llevan al infierno, como á los de la raza de Caín que se dicen tus discípulos.

Señor, la raza de Caín reina sobre los hombres, porque no es suya una Bienaventuranza.

Señor, el Demonio ofrece la fruta del discernimiento, y el discernimiento, que da vida, arroja sin cesar del paraíso, porque tú reservaste para los niños el Reino de los Cielos. "Y sólo quien conozca como niño será salvo."

Señor, la raza de Caín se ha multiplicado y el hombre es el lobo del hombre; mas tú no veniste á traer la paz, sino la guerra, y aun dura la que aprendiste, la de todos los que odian porque oyen tus palabras: "Bienaventurados los que aman."

Pues la raza de Caín ha puesto su amor en el crimen.

Señor, tú llevabas la luz en tus ojos, sonreías las cosas, y contemplabas á las aves del cielo y á los lirios de los campos, y lo comprendiste todo: "La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso."

Esa fué tu locura, tu divina locura en la que descendió el Espíritu Santo, y sólo los pecados contra el Espíritu Santo no tienen perdón.

Y tú vives todavía porque vive el Sol.

La raza de Caín vive aún en las tinieblas, y es como un cadáver fecundo y perpetúa los cadáveres en la sombra.

Pero sólo tú vives, dulce Jesús, y el drama se repite entre los hombres, sin turbar al cielo, sin vulnerarte ya, porque eres Dios, y vives eternamente sobre las aguas, y en las frondas, y en las aves, y en los niños, y eres igual á tí mismo en el Todo y en cada parte.

Porque el Tiempo es mentira, porque el Mundo es mentira y sólo Tú existes, siempre igual á tí mismo!

Y como ha sido en el principio, será ahora y siempre y por todos los siglos.....

RICARDO GÓMEZ ROBELO

Páginas

La antigüedad era sabia; y si en las ciencias experimentales y exactas se ha avanzado más que los antiguos, en los demás géneros se ha hecho bastante acercándose á su saber. La antigüedad fué la que fijó las leyes del-gusto: la que señaló la línea de perfección en las Bellas Artes: la que produjo esos modelos grandes que los genios sublimes han procurado imitar. Diez y ocho siglos no han podido presentar un poeta superior al autor de la Eneida. Tácito, Plutarco y Livio son hasta ahora en posesión de primeros historiadores; y el elogio más grande de Buffon ha sido compararle con Plinio y Aristóteles.

No era su más sabia doctrina, ni la de los filósofos de la antigüedad la que formaba nuestro sistema de estudios. El escolasticismo era infelizmente el que lo regía: el que influyó en las constituciones de nuestra Universi-

dad: el que hizo de esta respetable casa una habitación oscura donde no penetraba la luz sino envuelta en nieblas, ó confundida con exhalaciones pútridas: el que, entreteniendo á nuestros mayores en sutilezas inútiles, les alejaba de las ciencias provechosas que aumentan los brazos del hombre inventando máquinas, mejoran los instrumentos de las artes, señalan las fuentes de riqueza pública, descubren la de nuestro suelo, manifiestan las plantas útiles que hermocean su superficie, y abren los tesoros ocultos en el seno de la naturaleza:

Nuestro idioma, cuya armonía y riqueza confiesan los mismos extranjeros, rivales de la literatura de Castilla, se veía abandonado por cultivar otro que estanca las ciencias. La elocuencia sagrada, que tiene tantos motivos para ser sublime y patética, porque ella sólo habla de verdades grandes al pueblo, unido en un lugar santo, era como la del orador que un talento feliz supo ridiculizar con tantas gracias. La del foro, que si no discute entre nosotros los asuntos que examinaba en Roma, debe al menos ser clara é interesante, porque siempre lo es la propiedad aun de una cabaña pajiza, se ocupaba en hacinar leyes romanas y glosas bárbaras, sin discurrir con precisión, ni expresarse con propiedad; y la de Academia que pudo ya haber ilustrado en este país en actos literarios tan repetidos, se reducía á disertar sobre lo que se llama problema sin ser más que una duda afectada ó insulsa.

El arte grande de saber discurrir, este arte, alma de todas las ciencias, que en las audiencias y juzgados decide nuestra suerte, era entonces un sistema mal organizado de abstracciones inútiles, un diccionario bárbaro de voces oscuras y sutiles. Las ciencias naturales que deben levantarse sobre la observación razonada de la naturaleza, eran romances menos ingeniosos que los de Descartes, formados por el delirio de las sectas que dividían el escolasticismo.

Las líneas del géometra y las ecuaciones del álgebra parecían cifras de magia, ó caracteres de aquella filosofía theúrgica que se ocupaba en misterios y encantos. Las familias eran espantadas por duendes: los jueces seriamente ocupados en procesar brujos; y las escuelas de filosofía convertidas en torneos de caballeros que se batían por el ente de razón y otras hermosuras imaginarias.

No fué este el único mal. Semejante á aquellas nubes densas que extendiéndose con

los vapores sucesivos que reciben, cubren últimamente toda la atmósfera y oscurecen el día, el escolasticismo se dilató al fin por las ciencias más sublimes é importantes.

La de la religión, pura en el libro sublime de la Biblia, no era enseñada con el método que exige la sublimidad misma de su objeto. La jurisprudencia, tan grande en las manos de los autores felices que han sabido manejarla, era un puñado de fragmentos de leyes derivadas de las sectas que dividieron el imperio romano: leyes sutiles que no lo son para nosotros y dictadas por gobierno distinto, en tiempos diversos, no tienen relaciones de analogía con los nuestros. El estudio de la historia respetable de la Iglesia: el de los concilios y cánones sancionados en ellos; estudio necesario para el eclesiástico, útil para el filósofo é interesante para el político, se verá olvidado por dedicarse al de las decretales que no forman un cuerpo organizado de derecho, sino una colección de casos decididos por principios diversos en muchos puntos de los de Castilla; y la legislación que debe ser sabida de todos, porque es la guía del hombre desde que se forma su corazón hasta que entra en el sepulcro, enredada por las argucias escolásticas, era misterio para el pueblo, tormento para el juez íntegro, juego criminal para el perverso, arma doble para el abogado.

Los que se llaman filósofos eran entonces unas cabezas llenas de universales, de categorías y sutilezas metafísicas; y éstos eran los sabios que en las cátedras daban lecciones á la juventud.

El escolasticismo no sólo la formaba en este sistema de errores. Le impedía también salir de él: le prohibía aun el derecho de dudar, que exige la debilidad de nuestra constitución física; y aun en lo que no era dogmático, se ordenaba la fe, que sólo es debida á nuestra religión.

Fe ciega en la dialéctica: fe ciega en la metafísica: fe ciega en la Jurisprudencia. La razón era víctima de lo que se llamaba filosofía. Y lo que diste para pensar como el don precioso de tu bondad, Ser eterno; amigo del hombre: lo que nos eleva sobre todos los seres: lo que distingue al filósofo, que sube al sublime de las ciencias, del insecto que se arrastra por el suelo; la razón, esa emanación luminosa de tu sabiduría, era un presente inútil, que sólo servía para repetir las ineptias

de los glosadores de Aristóteles y llenar cursos largos y penosos de nadas y pequeñeces.

JOSÉ CECILIO DEL VALLE

Reyes vencidos

Yo ví los hombres tristes descendientes de
(aquellos)

de los lisos cabellos
dal oblicuo mirar,
sentarse á las orillas de sus hondas lagunas
en los valles floridos, en las ásperas dunas
á la pálida luz lunar.

El nombre de sus dioses ya nada les decía,
olvidados de Chía
de su pobre Zuhé,

con la mirada turbia, melancólicamente
en sus rústicos plifanos un aire decadente
cifrabá la raza que fué.

Ni en Siecha recibían al cacique sagrado,
fabuloso dorado,
hijo noble del sol;
ni señalar podían de Suamós el recinto
y su templo de palmas donde vibró su instinto
el alma del fiero español.

Del grave Chimborazo por la yerma pena,
con su altives serrana
noblemente los ví
pasar indiferentes, con las papilas duras
clavadas como puntos en las blancas alturas,
bajo un cielo carmesí.

Parecían sus bustos fundidos en la fragua
del ronco Tunguragua
en selecto metal;
eran sombras errantes de la tribo de Manco
que miraban con odio de vencidos al blanco
y sus deidades de nogal.

Y los miré alejarse por la senda sombría
en la melancolía
del último fulgor,
silenciosos y activos, con altives de reyes
que tenían su alcázar y dictaban sus leyes
bajo el nevado Emperador.....

MAXIMILIANO GRILLO

Sudor de sangre

(1870-71)

El Sitio de Rhodas

Al Conde Roselly de Lorgues,
historiador de Cristóbal Colón.

El vizconde Armor-Luc-Esprit du
Glas Saint Sauveur tuvo siempre
ochenta años, por lo menos tal cosa se
aseguraba en el país, un rincón de pro-

vincia en donde la presencia de ese interminable viejo inmovilizaba leyendas y tradiciones por todas partes olvidadas desde los primeros Capetos.

Apenas si las gentes más decrepitas recordaban haberlo visto joven y ese recuerdo era tan lejano, tan equívoco, tan recalcitrante é hipotético que todo el mundo se rehusaba á creerlo.

No hubiera sido más fácil prever su fin, pues pertenecía visiblemente á una de esas razas para siempre extinguidas y en las cuales está demostrado que la muerte no ejerció más que un dudoso poder.

Sin embargo, el vizconde enarbolaba una estatura poco menor que la media y su viejo cuerpo era tan delgadúchico que á distancia parecía un embrión. Pero aquel cuerpo era el estuche de una alma grandiosa como no se encuentran sino una que otra cada siete generaciones, cuando la humanidad se renueva.

A primera vista, sin embargo, nada en él traicionaba otra cosa que un octogenario banal aquerenciado con el orgullo de su blasón.

Este, para decirlo todo, era soberbio. Los du Glas ostentaban: *de oro un buey de-gules y jefe de-azur cargado con tres cruces del Calvario.*

Su divisa F. E. R. T. era la de los duques de Saboya, quienes según pretendíanse, la usurpaban, siendo este incidente causa de una indignación hereditaria que yo admitía que los Manueles ó los Amadeos fuesen otra cosa que plebeyos ó vagabundos.

Doscientos sesenta años antes el trisabuelo del vizconde Armor había intentado el más estúpido de los procesos. Aprovechándose de los disturbios entre Francia y Saboya y del extremo disgusto de Enrique IV, había concebido el proyecto de recuperar por tan poderoso rey las cuatro letras famosas que significaban, como es sabido: *Fortitudo ejus Rhodum tenuit*, fundándose en que uno de sus antecesores era quien había salvado la isla de Rhodas amenazada por Otorriano.

Pero Enrique IV ocupado entonces en hacerse asesinar, no tuvo tiempo de intervenir y la reina madre desanimó al demandante.

El resentimiento de una falta de justicia tal había roído á esa antigua familia que no tardó en trastornarse. Los siglos diez y siete y diez y ocho asistieron á la ruina progresiva de la alta Casa de los du Glas, para quienes la Francia había muerto con los últimos Valois de Angulema.

Cuando la Revolución vino, no tuvo ni que tocar con el dedo sus muros que se desplomaban. Dilapidador rabioso de un patrimonio mermado ya hacía tiempo, el padre del vizconde actual espiraba sin gloria en 1815, dejando apenas al aborto de su hijo, infaliblemente designado para la extinción de la Raza, de que subsistir como un antiguo labrador.

* * *

Tan calvo como Carlos el Calvo, de quien se decía primo por parte de las mujeres y á quien mencionaba á veces con indulgencia, el descendiente de los Caballeros de San Juan de Jerusalem, portaba siempre al encuentro de los meteoros, una peluca juvenil de ejecución tan perfecta que se necesitaba malevolencia para substraerse á la ilusión de una cabellera irrepachable.

Sus vestidos de corte ancestral, pero usados, si me atrevo á decirlo, hasta la cuerda y relucientes como el corselete de un grillo, estaban prendidos como con alfileres sobre sus miembrecillos y era cosa que conmovía profundamente ver á aquel viejo titular sin descendencia de uno de los Nombres más gloriosos del Occidente, esforzándose en aparejar su miseria á la decoración triunfal de los siglos.

Aunque los rústicos lo creyeran loco, tal vez á causa de ello, su influencia en su alrededor era grande y se asemejaba á una especie de prestigio que nadie seguramente habría explicado.

Sin duda nadie vacilaba en despojarlo tanto como podía, de sus miserables cosechas y las transacciones necesarias no dejaban de ser tan onerosas como vejatorias para un viejo soñador que no se defendía; pero el gañán más descarado no se habría atrevido "ni por todo el oro del mundo" á dispensarse en su presencia de la actitud más respetuosa.

No se podría decir por lo tanto que careciera de benevolencia ó de pulcritud,

pues no le hablaba nadie sin descubrirse y saludar hasta tierra como si se hubiera tratado de un gran príncipe.

Cuando por milagro, una ofensa grave sentida por él lo determinaba á hacer un ejemplar, erguía su busto, se calaba ostensiblemente su sombrero y decía al ofensor frunciendo los ojos:

—Señor, por más que hago, me es imposible percibir á Ud.

Y eso era todo, pues no hacía renacer de otra manera el derecho señorial de alta justicia.—Pero eso bastaba, se decía, para desconcertar al osado, tan grande aire tomaba entonces.

Habitaba naturalmente el Castillo de Rhodas, la única habitación que quedaba de todos los señoríos poseídos antaño por los du Glás.

Pobre Castillo de ilusiones inmortales, ruina de ruinas, hospitalario sólo para los cuervos y los buhos, pues ningún viajero de regreso de los Santos Lugares ó de los lugares malditos, hubiera sido capaz de concebir el deseo de abrigarse ahí.

En realidad no quedaba más que una pieza habitable aún entre más de cien cámaras derribadas por los equinoccios, y ese era la pieza llena de libracos del viejo Armor. Libros heredados de su padre y de su abuelo que referían todos la misma historia, la única en el mundo que le interesara, la historia de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalem, llamados en el siglo catorce Caballeros de Rhodas y más tarde Caballeros de Malta.

La vocación de los paladines de su sangre, desde el origen de la Orden, había consistido en formar parte de ella y era su alegría de niño encontrar esos nombres entre los cronistas tan poco frecuentados del populacho como Sanut, Bosio, Guillermo de Tiro, Santiago de Vitry, Roderico de Toledo ó Rogerio de Noveden.

Esos libracos eran la exclusiva pitanza de su cerebro desde hacia medio siglo y desde entonces había logrado tener con su lectura una visión *especular*, infinitamente actual y precisa de los acontecimientos épicos referidos por ellos.

Se creía positivamente en Rhodas, donde sus antecesores habían combatido y había sido el mismo quien había impuesto el

nombre de aquella clarísima fortaleza á su lamentable madriguera ruïnosa.

* *

Ordinariamente no se evadía de sus libros sino para ir á la iglesia del villorrio, no porque fuese devoto, sino porque era el único lugar de la tierra en que la grandeza de su Raza estuviera afirmada de una manera apreciable.

Imposible era imaginar un santuario más desmantelado, más ruïnoso, más conmovedor, más á la imagen del castillo vecino del que reflejaba la decadencia.

Era un antiguo edificio parroquial del tiempo de los Carlovingios, en otros tiempos romántico y al que algunos rudimentarios constructores, hacia fines del siglo XV, habían intentado hacer gótico flameante.

Esa pequeña casa de oración, comida, pulverizada grano á grano por todas las plagas, arañada por las hiedras, enverdecida por los mohos, en la que toscos Bienaventurados, escondidos en la sombra, contemplaban hacia siglos á un Cristo bárbaro maculado por las golondrinas, ofrecía en primer lugar á la admiración del visitante una tumba verdaderamente colosal que la llenaba á medias.

Bajo esta masa de granito sombrío, yacía el muy ilustre señor Tifano-Goetan-Cristóbal du Glas Saint Sauveur, Marqués de Albon y de San Cristóbal en Vermandois, apellidado *Vialevoulour* por los infieles, Gran Prior del Priorato de Aquitania que salvó tres veces las galeras del Gran Maestre y murió en Rhodas en 1399, habiendo matado por su propia mano á doscientos herejes. *Tubauc expectat!*

No era aquel el primer grande hombre del linaje de los du Glas; pero las circunstancias lo habían magnificado más que á ninguno y el mismo Rey de Francia, aunque indigente, había querido contribuir para sus funerales.

Cerca de él reposaba "su muy púdica y muy clara esposa," Dama Erimburga Melisenda—hija de Foulques du Croc de Maisonsseule en Vivarais—antigua nobleza fundada por gentes sin miedo que habían combatido al Diablo.

Habiendo aceptado generosamente esa compañera de su juventud el velo de las

viudas, cuando su celo por los dolores peregrinos de Cristo la obligó á entrar en la Religión, el Consejo de la Orden, por una derogación muy insigne, había permitido que reposasen juntos después de muertos, y sus dos esfiges de bronce estaban tendidas sobre aquel túmulo regio, alrededor del cual dormitaban los ángeles guardianes de una veintena de generaciones heroicas, de quienes los silenciosos roedores habían devorado hasta el polvo.

Al pié de aquel monumento, fastuosa aún pero sin majestad, se veía la sepultura del Comendador Nicolás, hermano menor del precedente y que se había hecho matar soberbiamente en Nicopolis. El tesoro de la Orden había pagado el rescate de su cadáver.

Y aquello seguía así hasta más allá del porche. Veinte tumbas de menos en menos orgullosas, de más en más humildes marcaban el lugar de los Comendadores, de los Bailíos ó de los simples Caballeros de esta familia que no había decaído de decaer á partir del glorioso Tifanio.

La última, apenas designada por una simple cruz de madera plantada en la tierra, estaba enteramente al borde del camino y algunas veces las bestias de la vecindad la pisoteaban á su paso.

Por pequeño que fuera el du Glas actual, el único du Glas que quedara por enterrar, ya no quedaba sitio bastante para él, sin duda, lo cual lo determinaba á no morir, pues nunca pudo tolerar la idea de que se deshonrara con sus restos propios la tumba venerable del Gran Prior.

* * *

Un día, por fin, cuando el vizconde Armor tomaba el aire en su ventana, se percibió de que Solimán venía á sitiario á Rhodas. Esta isla famosa no tenía ya caballeros, ni soldados, ni artillería, ni barcos en estado de soportar el mar, ni siquiera víveres, nada ya, y el socorro de los príncipes cristianos no podía esperarse por ningún lado.

El buen vizconde tomó al punto su partido. Decidió no rendirse, cerró su puerta y se puso á releer tranquilamente los Estatutos de la Orden de Malta.

.....

Los cuarenta mil soldados y los ciento treinta y dos cañones del gran duque de Meklemburgo marchaban sobre Nogentle-Rotron y Bellême, para cerrar la izquierda de Chanzy, mientras que el príncipe Federico Carlos operaba paralelamente de Véndome sobre Encommoy para rodear su derecha á sesenta kilómetros de distancia, movimiento combinado cuya terrible imprudencia, remunerada por un éxito completo, demostró tan cruelmente nuestra miseria.

El veinte veces innoble comandante del Cuerpo XIII, aquel á quien, entre nosotros, llamábamos el duque *Vandard*, llegó á vista del Castillo, rodeado de sus afables divisionarios: Schimelmann, Gersdoff, Stolberg, el Príncipe Alberto y el Barón de Rheinbaben, y aquel bello tropel saturado de vituallas se abandonaba á las delicias de una conversación llena de júbilo.

—¿Qué es aquello?—dijo Meklemburgo a su jefe de Estado Mayor, designándole la habitación del hijo de los paladines.

—Evidentemente es una ruina—Monseñor; supongo que es el antiguo castillo de los Condes de du Glas mencionados en nuestros mapas infalibles.

—Sírvasse reconocerlo Ud. mismo—coronel. Tengo curiosidad de visitar al *burggraf* si vive aún, pues me han hablado de él como de un viejo loco.

Algunos minutos después el coronel Kresnky, acompañado de varios dragones, tocaba la puerta señorial que parecía el establo de un boyero.

—¿Quién que no sea peregrino del Santo Sepulcro—dijo una voz del otro mundo—osa á aparecer sobre el dintel de los Hospitalarios de la Cruz?

El parlamentario, reculándose, distinguió en la ventana al viejecito que se parecía á una pintura resquebrajada en un muy antiguo cuadro y aquel hombre sintió por el aparecido algo como respeto.

—Soy peregrino de Francia y no del Santo Sepulcro—respondió; pero espero que el último representante de la ilustre casa guerrera de los du Glas no rehusará abrir su puerta á Monseñor el Gran Duque de Meklemburgo que se avanza cubierto de gloria y de quien no soy sino el mensajero.

—Yo no sabía—dijo á su vez el vizconde—que existieran grandes duques entre los esclavos de vuestro Sultán. Es una vanidad que habrán tomado por la frecuentación de los salvajes de la Moscovia. Pero no importa; que vayan á decirle á ese que si se atreve á llegar él mismo á mi alcance, lo recibiré como se merece. En cuanto á ti, mensajero, te tengo por un espía y te ordeno que te retires al instante.

—Oh *graf*, señor *graf*. Habla Ud. como alguien que desprecia mucho la vida.

—Infiel! Yo no desprecio los dones de Dios, ni aun la muerte que le plugo sufrir por todos los hombres. Por última vez te ordeno que te retires ó hago disparar sobre tí.

Meklemburgo informado de este resultado se puso furioso y habló de bombardear al punto la bicoca.

Pero por muy habituado que su séquito estuviese á semejantes prácticas, aquello era tan monstruoso que los tenientes de aquel Alejandro de las letrinas protestaron.

Temió entonces el ridículo y dió la orden simplemente de derribar la puerta y de traerle al maníatico.

Pero los ganapanes á quienes se confió la ejecución no se regocijaron.....

Pues sucedió que el vizconde Armor se convirtió milagrosamente en un joven durante los pocos minutos que para aplastarlo les bastaron á aquellos bárbaros.

Un soplo puro, venido de infinitamente lejos, pasó sobre aquella alma virgen que nada sabía de las vergüenzas contemporáneas, llenándola de rumores sublimes: Tiberiades, San Juan de Acre, la Massoura, los dos sitios de Rhodas y aquella prodigiosa resistencia de Malta atacada por todo el imperio de los Turcos, en que los caballeros agonizantes combatieron, *sentados sobre sillas*, al borde de las trincheras.

El admirable viejo se sintió el último de todos, el *único que quedaba para defender la Cristiandad*, y con aquellos pensamientos maravillosos y utilizando las viejas armas mohosas de que se habían servido los grandes de su raza, dió la muerte á varios de sus asesinos antes de expirar él mismo sobre sus amados libros,

que le cantaban desde su juventud el poema inolvidable de los Valientes de Francia.

LEÓN BLOY

Fragmento

Pocos, muy pocos, admirarán, como yo admiro, la grandeza de las concepciones de los hombres de genio que, en los dominios de la metafísica, llevados de un nobilísimo afán, han sido como nuevos Prometeos pretendiendo arrebatarse el divino fuego del cielo. Pocos, muy pocos, admirarán, como yo admiro, la influencia benéfica que sus laboriosas meditaciones han ejercido en la ciencia. San Agustín, Tomás de Aquino, Abelardo, Malebranche, Leibnitz, Spinoza, Kant, me parecen águilas extraordinarias que se han esforzado en volar por lo infinito, pero que han abatido su vuelo, y plegado sus alas sobre los altos peñones de que partieron, porque más allá de la región de la atmósfera no han podido vivir, ni revelarnos siquiera una mínima parte de los inexcrutables arcanos que guardan á los seres y los mundos, como para evidenciar á cada paso su soberana é indefinible grandeza, y la infinita y abrumadora pequeñez de los hombres. Yo reconozco que la metafísica, aunque á veces inconscientemente, prestó los eminentes servicios de sustraer la ciencia al dogma, y de preparar, con sus disquisiciones abstractas, la era feliz de libre examen, de las observaciones concretas, de los análisis fecundos en resultados para el bienestar, para la felicidad de la especie humana.

Pero la época de la metafísica ha pasado: cumplió su destino; su sistema no puede resucitar, como no pueden resucitar los hombres, cuando después de haber cumplido su fin, la muerte les señala su término fatal. La duda de Descartes, el método de Bacon, la risa de Voltaire, el decrecimiento de los Enciclopedistas, los progresos de las ciencias físico-matemáticas, nos dicen que la metafísica está en su osario, y que no podrá reaparecer. Y hay

razón para que no reaparezca: hoy para la ciencia nada vale la legitimidad del silogismo, que no es la verdad; lo que vale es la exactitud de la observación ó de la experimentación: en nuestro siglo la ciencia no es dialéctica, es más bien crítica.

Podrá argüirse que esta es una ciencia rastrera que no se eleva á sublimes concepciones. Acepto cuanto el antojo quiera decir. Pero en cambio, yo os emplazo para que, después de haber estudiado y meditado mucho las obras de los filósofos más ilustres, desde Thales de Mileto hasta Sócrates, desde Sócrates hasta Aristóteles y Platón, desde Aristóteles y Platón hasta Cicerón y Séneca, desde Cicerón y Séneca hasta Abelardo y Tomás de Aquino, desde Abelardo y Tomás de Aquino hasta Malebranche y Leibnitz, desde Malebranche y Leibnitz hasta Cousin, Jouffroy y Balmes: yo os emplazo para que, después de asiduo estudio y de profundas meditaciones, me digáis, de un modo asertivo y concluyente, cuál es la esencia de la materia, cuál su origen; cuál es la esencia del alma humana, y cómo se efectúa su comunicación con el cuerpo; cuál es la esencia de las causas primeras, y cuáles sus modos de obrar en la generación y conservación de los seres; en suma, sustancialmente, de dónde venimos, qué somos, á dónde vamos. Después de haber soudeado estos problemas los pensadores de todos los siglos; después de haberse agotado en su examen extraordinarios esfuerzos de reflexión ó de ingenio; ¿qué nos queda? ¿Nos queda alguna verdad concluyentemente demostrada, que sea como luz que alumbré los laberintos de la ciencia? ¿Nos quedan fecundas convicciones que satisfagan á nuestra conciencia y á nuestra razón, y que sean como leyes inmutables, reguladoras de nuestra vida? No; nos quedan hipótesis más ó menos ingeniosas, más ó menos satisfactorias para nuestro orgullo; pero las hipótesis no son ni pueden ser la verdadera ciencia.

RAMÓN ROSA

Octubre

OCTUBRE es otoñalmente triste. Desde las altas colinas á los profundos valles, pasa el gran calorífico de la noche. Hora del ángelus, hora en que rezan los rugosos labios de la abuela, coreada por los chicos. Y los ecos joviales se hielan entre la espesa bruma. Y en esa bruma densa, con lentitud ondula un hálito; un lento hálito que esparce su caricia postre- ra, su caricia melancolizada y triste á fuer de agónica, en el regazo del bosque tembloroso.

Y, como el bosque, el jardín es triste y habla melancólicamente. Las plantas palpitan con blandura al soplo de la noche en torno de un buen grupo de indolentes mujeres, cuyas ropas, como amplias floraciones, el césped blando argentan de una blanca armonía. Y las hembras son vagas formas en la semi-tiniebla, y en las arracadas y en los collares y en los broches, la estrella reflejada va á prender mil estrellas; estrellas que á intervalos se apagan al moverse los misteriosos brazos, los misteriosos pechos y los dedos ninfales en que brillan.

Y, como el Otoño, es el Invierno. ¡Oh! cómo cantan la lírica de ultratumba esos ventrados árboles, sin ramas y sin hojas, mordidos por el colmillo helado y azotados por la formidable cola yerta del gigantesco pájaro boreal! Cuán cansados los viejos troncos fríos, taciturnos, solemnes, humillados por Noto, el Cejijunto!...

Tristeza.....

LEÓN DIERX

De ilusión

LOS árboles se deshojan, y el horizonte la vida de su sol tranquilo entrega, sin estertor, lentamente. En su luz evaporada como sangre de una fuente, escapando angusta y noble por los bordes de ancha herida sobre un arbusto aún vestido gime y trina, trina (y gime la tristeza de la tarde con la voz de un ruiseñor; un ciego al pie del arbusto, cruzar siente algo (sublime, peca-cas solloza oyendo el canto del trovador. Las notas son alas leves de una suprema alegría,

murmurante en la cascada de los ritmos otoñales; joven y hermoso es el ciego, sus ojos vieron un (día, no ignora el brillo del cielo ni el del sol en los (rosales. El ave también es ciega. Por entre olmos pensa- (tivos surge la luna á lo lejos, cual de una fúnebre caja; yerta la virgen se eleva; va á envolver los astros (vivos en la paxipálida y grave de su mística mortaja. Como aún no están en el cielo, en el jardín bri- (llan flores; y el ruiseñor, que conoce luchas de flores y estre- (llas, ciego gime, con pupilas inertes á los fulgores, y estrellas, flores y luna, las ve en sus cantos más (bellas. De la noche, que se acerca, aspira gratos aromas; seate en ellos de la tarde moribunda tierno en- (canto, y es un altar el arbusto donde las griegas palo- (mas inclinan los blancos cuellos subyugadas por su (canto. La cascada cae entonces desde un vaso de tris- (teza; y un acorde rompe el vaso con un ritmo celestial; los fragmentos flotan; vibran, á las hojas dan de- (fleza y el arbusto es alma y lira con cien cuerdas de (cristal. "Oh! el misterio y la armonía!—chama el joven.— (Con tu trino, tú, que ves, cantas las penas del que ya no mira (el mundo, y de mi mal tenebroso haces un lirio divino, en noble huerto de un llanto que sin correr es fe- (cundo!" El ciego, palpando, busca la pluma tibia del ave; á sus dedos les infunde un acento cariñoso.... Sigue la luna subiendo indiferente y silva; el postrer fulgor del día se apaga sin un sollozo. Siente el ave la caricia: "Los felices sin quebranto —piensa—calman los tormentos de quien no ve (las sonrisas..." Y en su torno, cual un sueño del crepúsculo es el (canto, y las hojas caen siempre girando en las lentas (brisas.....

ANGEL ESTRADA

NOTAS

La Imitación de Cristo.

La conocida obra de Kempis LA IMITACIÓN DE CRISTO fué escrita en muy temprana edad. Quien haya leído la obra citada creará, fundadamente, que es el resultado de la experiencia larga de un hombre que ha vivido casi un siglo. Por el contrario, la verdad es que Kempis escribió su "imitación" cuando solamente contaba 34 años de edad.